

beber á sus hijos. No gustan mucho de los perros si no es para sus cacerías, y los muchos que andan alrededor de las casas tienen que buscarse la vida como mejor pueden. Son todos perros cruzados de la clase que se encuentra entre los indios de hoy día; son generalmente de color parduzco y no



Perros de Chihuahua.

grandes, pero los hay también amarillos y de orejas paradas. Los llamados perros de Chihuahua, muy apreciados entre los aficionados, sólo se encuentran en la capital del Estado. Son pequeños y muy tímidos, con grandes orejas y ojos saltones. Entiendo que los de color pardo amarillento son considerados como la mejor casta, pero se encuentran de muy diversos colores, desde el blanco de nieve y blanco y negro hasta el moreno oscuro. Dícese que tienen una pequeña cavidad arriba de la cabeza, aunque según algunas autoridades tal señal no es infalible en la raza, que parece indígena. Los mexicanos iletrados, en su tendencia á referir todo lo bueno á Moctezuma, creen que los perros puros de Chihuahua descienden de los que dejó aquel cerca de Casas Grandes en la época en que marchó al sur, los cuales cayeron después en estado salvaje y degeneraron en las marmotas que hoy existen.

Otro perro indígena de México es el que carece de pelo, el cual es asimismo objeto de mimo, y se encuentra en toda la República. Se le atribuyen virtudes curativas, por cuya razón los conservan algunos en sus camas durante la noche.

grandes, pero los hay también amarillos y de orejas paradas.

Los llamados perros de Chihuahua, muy apreciados entre los aficionados, sólo se encuentran en la capital del Estado. Son pequeños y muy tímidos, con grandes orejas y ojos saltones. Entiendo que los de color

## CAPÍTULO XII

LOS TARAHUMARES ME SIGUEN TENIENDO MIEDO—DON ANDRÉS MADRID SE PONE DE MI PARTE—LADRONES MEXICANOS APREHENDIDOS POR LOS TARAHUMARES—MANERA DE ENTERRAR EN LAS ANTIGUAS CUEVAS—VISITA Á NONOAVA—LOS INDIOS CAMBIAN DE PARECER ACERCA DE MÍ Y ME TIENEN POR EL DIOS DE LA LLUVIA—LO QUE COMEN LOS TARAHUMARES—BONITA IGLESIA EN EL DESIERTO—HALLO AL FIN UN INTERPRETE DE CONFIANZA Y COMIENZO Á VIVIR COMO LOS INDIOS.

AL ir avanzando, encontraba á los naturales hoscos y temerosos de mí. Uno que se había ocultado, pero que al rato tuvo que salir de su escondite, me preguntó bruscamente: “¿No es V. el hombre que mata á las muchachas y niños gordos?” En otra ocasión me tomaron por el famoso bandido Pedro Chaparro, que había engañado notoriamente á los indios. El guía no se interesaba sino á medias por mí, temiendo que el verle conmigo lo perjudicara en su comercio con los indios, para quienes era especialmente sospechoso lo que yo escribía en mi libro de notas, considerándolo como una prueba de que pretendía quitarles sus tierras. Recogí, con todo, muchas é interesantes observaciones, á pesar de las dificultades, casi desesperantes, con que tenía que luchar.

Sentí positivo descanso cuando á principios de agosto, seis semanas después de salir de Guachóchic, llegué á Guajóchic (guajo = *zancudo*, mosquito), una de las estaciones de los atajos que acarrear mineral entre Batopilas y Carichic. El hombre encargado de aquel solitario puesto de vigilancia, Andrés Madrid, llegó á serme muy interesante. Nacido

de padres tarahumares, en la ciudad de Carichic, había recibido muy liberal educación mexicana y mexicano era de hecho, aunque de corazón simpatizara con la tribu. Había sido su abuelo un conocido brujo ó curandero, á quien de muchacho había acompañado don Andrés en sus excursiones.



Fajas tarahumares.

Como sabía cuanto pasaba en la sierra, ya le habían hablado de mí provocando su risa con las propensiones de canibalismo que me atribuían. Envió inmediatamente un

Era inteligente, advertido y vivaracho, de fuerte vena humorística y muy conversador. Generoso para informar acerca de los indios y conocedor de la lengua nativa, hubiera sido un intérprete ideal, á no ser porque se fatigaba con suma facilidad. Sólo por fracciones y disponiendo de abundancia de tiempo es como conseguiría un etnologista sacar utilidad de las cualidades de aquel hombre. Como era bueno y ayudaba á los indios, así como por ser el representante de las autoridades mexicanas, profesábanle un respeto rayano en adoración.

mensajero á Nararachic para dar aviso de mi llegada al capitán, pidiéndole que encargara á los indios presentarse para ser retratados por un hombre que llegaba de parte de Porfirio Díaz (nombre que equivale á un conjuro) para recibir todo género de informes acerca de los tarahumares. Nararachic es un pueblo insignificante á que pertenecen los indios de esa localidad, y cuyo nombre significa "donde uno estaba llorando."

La protección de don Andrés me fue benéfica en muchos sentidos. Cuando vieron los indios, desde los cerros del alrededor, plantada mi tienda á un lado de su casilla, comprendieron que no debía yo de ser tan malo, puesto que el bueno de don Andrés me trataba.

Los naturales de las cercanías acababan de tener la sensación de pelear con cuatro ladrones de verdad que varias veces les habían abierto sus trojes ó bodegas mientras estaban ocupados en alguna fiesta, y de quienes al fin habían logrado apoderarse. Los ladrones viajaban á pie, pero tenían un caballo de carga en que llevaban todas las frazadas y pañuelos robados, cuyo valor total ascendía á \$112. Reuniéronse en el espacio de cuatro á cinco horas hasta sesenta y cinco tarahumares que obligaron á los ladrones á refugiarse en una cueva, en donde estuvieron defendiéndose con sus rifles durante varias horas. Los tarahumares comenzaron por lanzarles piedras, pues no querían desperdiciar sus flechas, hasta que llegó don Andrés, á quien habían enviado aviso, é indujo á los ladrones á rendirse, pero á duras penas pudo impedir á los tarahumares que los atacaran. "¿Qué importa, decían, que maten á uno ó dos de nosotros?" Tan cobardes como aparecen los tarahumares cuando están en poco número, son temerarios si se ven reunidos muchos. Son inofensivos cuando no se les molesta, pero ni olvidan ni perdonan una injuria. Varias ocasiones han matado á los blancos que han abusado de la hospitalidad que les dieron, y aun hubo vez que, exasperados por las vejaciones,

amenazaron con exterminar á todos los blancos en algunas porciones de su territorio.

Los ladrones fueron conducidos por una escolta de indios á la pequeña ciudad de Carichic, y de ahí, enviados á Cusi-huiríachic ("donde está el poste") para que los juzgaran. Este lugar se halla como á cien millas de Nararachic, y como durante las siguientes semanas se estuvo citando á los indios para que se presentasen á declarar como testigos, lo que les originó muchas molestias, estaban arrepentidos de no haber matado á los malhechores, y aun hubiera sido mejor, decían, dejarlos que siguieran robando.

Durante la lucha, el gobernador había recibido una bala en el pecho. Quince días después vile fumando un cigarrillo, ya de alivio, y á los pocos más fue también á Cusi-huiríachic. Pasados algunos meses, lograron los ladrones evadirse de la prisión.

En una excursión de unas diez millas por el pintoresco Arroyo de las Iglesias, pasé frente á diecisiete cuevas, de las que sólo una estaba habitada. Todas, sin embargo, habían servido de habitación antes de que hubiera alejado á los indios la construcción del camino á Batopilas.

Vi también algunas grutas-habitaciones antiguas. Eran de considerable interés algunas cuevas sepulcrales cerca de Nararachic, especialmente una llamada Narajérachic ("donde bailan los muertos"). Un mexicano había estado sacando salitre de allí durante seis años para fabricar pólvora, y la cueva se hallaba muy registrada cuando la visité; pero siempre logré sacar unos treinta cráneos bien conservados y algunos esqueletos completos, momificados en el salitre. Encontramos también algunos lienzos con plumas entretejidas, unos pedazos de obsidiana y de hilo azul, pero ningunas armas ni utensilios. Según me dijo el minero, que parecía verídico, había desenterrado más de cien cuerpos. Generalmente se encontraban á dos pies y medio de la superficie, y á veces había otros abajo. Con muchos de ellos en-

contró adornos para las orejas, hechos de concha, semejantes á los que usan hoy los tarahumares, además de algunos tejidos de fibras y un jarro de frijoles.

Algunos meses más tarde, en Aboreáchic (tarahumar: Aoreachic = donde hay cedros), examiné una cueva sepulcral donde se enterraron los cadáveres de modo diverso de como se ha descrito hasta ahora. Es algo difícil llegar á la cueva, á la que hay que subir á una altura de 300 pies, por un trayecto tan empinado en algunas partes que se han abierto agujeros para que sirvan de escalones á los que trepan. Al llegar al extremo, encontré una espaciosa caverna que se había utilizado como cementerio, pero cuya peculiaridad había atraído desgraciadamente á los buscatesoros que en toda ella habían dejado señales de su mano destructora. Pude ver todavía que cada cuerpo había sido colocado en su fosa, las cuales eran oblongas ó circulares, revestidas de una capa de zacate y lodo, y como de tres pies de profundidad. Aparentemente no se había puesto tierra sobre el cadáver mismo, sino que sólo se le había rodeado de tablas longitudinales á manera de caja. Los cuerpos están inclinados y tendidos de costado. Sobre las tablas superiores se había extendido una capa de corteza de pino como de una pulgada de espesor, cubierta á su vez por otra capa de tierra y escombros de tres pulgadas de gruesa, y ésta se había revestido con la mezcla de zacate y lodo en forma de un sólido disco de cuatro ó cinco pulgadas de grueso, cuyo borde, por sobresalir ligeramente de la fosa, se alzaba á nivel un poco más alto que el del suelo. Saqué de allí cuatro cráneos, un pedazo de tela excelentemente tejida de fibra vegetal, otro pedazo tejido con plumas de pavo común y un fragmento de aguja de madera.

Me dijo don Andrés que en las cercanías de Nararáchic había observado sistemas semejantes de enterrar á los muertos, y debo mencionar que el individuo que había hecho excavaciones en la cueva sepulcral próxima á Nararáchic de

que hice mención, me contó que había encontrado fosas algo semejantes en su gruta, hechas del mismo material, pero de diferentes tamaños, no mayores de dos pies, y que las había visto vacías.

Los antiguos modos de colocar los cadáveres que reconocí en la región de los tarahumares, son semejantes á los de Nararáchic ó de Aboreáchic, y difícilmente pudiera dudar que los cuerpos enterrados allí sean de tarahumares. Los indios de hoy tienen á dichos muertos por sus hermanos y los llaman Anayauli, es decir los antiguos.

Pasé de Guajóchic á Nonoava (en tarahumar: Nonoa, nōnó = *padre*), bien que esta ciudad se halla fuera de la región tarahumar propiamente dicha. Sus habitantes como es de suponer, están muy mexicanizados y van perdiendo su lengua, religión y costumbres. Conservan muchos recuerdos de las irrupciones de los apaches, así como en Carichic, Cusarare y Bocoyna.

Encontré á un mexicano casado con una tarahumar, quien mostraba su predilección por la tribu de su mujer hasta en su modo de vestir, exactamente igual al usado por los nativos. Aunque era moreno, no tenía aspecto de indio, pues su gran estómago y lo corto de sus brazos y piernas revelaban su verdadera raza y contrastaban notablemente con la esbeltez de miembros y gracia de movimientos que caracterizan á los tarahumares.

Cerca de Nonoava tomé la fotografía de una magnífica higuera, de la clase llamada *bellota*, cuyo fruto aprecian los mismos mexicanos. Sus hojas, muy pequeñas, como en otros árboles de esa especie, formaban un follaje de una anchura de 116 pies. Hay árboles de este género de mayor tamaño, pero son raros. En las aguas, cuando los higos están maduros, acostumbran los tarahumares estar cantando bajo los árboles mientras recogen la fruta.

Advertí algunos hermosos mezquites en el lecho de una quebrada cuyo fondo era arcilloso, y no obstante lo avan-

zado de la estación para tal objeto, los indios estaban recogiendo el fruto. El tiempo á propósito para ello es antes que comiencen las aguas. Los naturales cuecen dicho fruto, después de quitarle las semillas, lo muelen entre dos piedras, y poniéndolo en agua, preparan una bebida usada también por los mexicanos en Sonora y Chihuahua.

Á mi regreso, pasé algún tiempo más en Guajóchic. Diariamente me visitaban los indios, y teniendo por regla dar alguna cosa que comer á todo el que me visitaba, alcancé satisfactorios progresos en el cultivo de su amistad. Algunos de ellos, después de haber comido en mis platos y tazas, iban al río á lavarse la boca y las manos esmeradamente para librarse de cualquier mal que pudiera causarles la loza del hombre blanco. La generosidad es la primera condición para granjearse la confianza de los indios y de los mexicanos, para quienes el obsequio de una comida es más elocuente que un largo discurso. Los indios, sin embargo, cuando no conocen á uno, nunca comen si no lo ven comer antes.

Visité á muchos de los médicos-astrólogos y comencé á adquirir algunos conocimientos de sus canciones, lo que mucho me ayudó para entrar más en su confianza. Poco después de mi primer arribo á aquel lugar, comenzó á llover, continuando los aguaceros muy frecuentemente durante mi estancia, y los indios, á quienes interesa tan vivamente la lluvia que, para obtenerla, hacen tantos esfuerzos y sacrificios, comenzaron á relacionar mi presencia con ella. Antes de que me fuera, dijéronle á don Andrés: "No es bueno dejar que ese hombre se vaya, porque puede llevarse las aguas." Ya entonces consentían con todo gusto en ponerse frente á mi cámara fotográfica, suponiendo que aquel misterioso aparato tenía extraordinario poder para hacer que lloviera; de suerte que habían cesado los pretextos para no dejarse fotografiar; no insistían en que aquello les causaría la muerte y disgustaría á su Dios, ni se repitió el caso de que otro me dijera lo que cierto indio para mostrarme su oposición, que

“puesto que nada me debía, no necesitaba que lo retratara.” Así, pues, casi sin darme cuenta de nada, entré en amistosas relaciones con el pueblo.

No se suponga, sin embargo, que acabaron con eso todas mis dificultades, pues no obstante haber recobrado en gran parte mi perdido prestigio y los favorables rumores que se habían esparcido sin duda acerca de mí, como los indios son muy apegados á sus agrupaciones, me era preciso ganarme por donde quiera que iba la buena voluntad de los de cada distrito. Muchos meses después, encontrándome entre los paganos de más al sur, se me interpelaba con insistencia acerca de la extracción de cráneos en Yoquibo. Empeñábanse en saber lo que pretendía hacer con ellos, y el mexicano que me servía de intérprete, á quien tomaron á su cargo para tal averiguación, les daba una respuesta estrictamente de acuerdo con sus propias creencias y conocimientos, declarando que mi objeto había sido examinar si aquellos muertos recibieron debidamente el bautismo, razón que, á lo que parece, dejó perfectamente satisfechos á los indios.

Seguí en dirección al sureste, al efectuar mi regreso á Guachóchic, sobre las altiplanicies de Humarisa (Humashi, *correr*). Esta localidad es de considerable elevación. De cuando en cuando, se ven ranchos de indios sobre las fajas de tierra plana que corren entre las rocallosas colinas á manera de *fjords*. Los indios tienen muchas dificultades para librar su campo de los osos, que son allí muy comunes y tienen poco miedo á las piedras. Dichos animales van por la noche á los sembrados para comer maíz, y no se retiran hasta que están satisfechos.

Había pasado la época del año más penosa para la subsistencia de los indios, y las copiosas lluvias de los últimos meses habían desarrollado las mazorcas. Rara vez ó nunca siembran los naturales grano suficiente para que les produzca lo necesario para todo el año, debido á lo cual tienen que alimentarse durante el verano de yerbas, raíces, frutas,

etc., y comen cocidas las hojas y las flores del fresno, así como las flores del pino. Cuando viven cerca de algún río donde haya pesca, nunca sienten hambre, pero en las montañas ha habido quienes mueran de inanición. Prefieren el maíz á cualquier otro alimento, y cuando les trabajan á los blancos, si no les dieran grano ó harina, se irían sin decir una palabra. Les gusta asimismo la carne todos los días, aunque no siempre la tienen. Rara vez, si acaso, matan para comer alguno de sus animales domésticos, pues según sus ideas, el hombre no hace sino cuidar á esos seres que pertenecen en realidad á los dioses; de manera que las vacas, ovejas y demás animales solo pueden matarse para los sacrificios y comerse en las fiestas. Pero los animales del bosque y del campo, del aire y del agua, no están en el mismo caso. Una vez que pregunté á un indio vigoroso y rollizo cómo hacía para conservarse en tan buen estado, siendo la alimentación tan escasa, me dijo que comía carne: “¿Qué clase de carne?” le interrogué, y él repuso: “ratones, topos y pajaritos.” Su comida favorita, sin embargo, es el venado, los ratones y los zorrillos.

Ponen á asar sobre las brasas los tasajos de carne, clavados en una estaca, á la que dan vueltas apoyándola por los extremos sobre unas piedras, procedimiento de preparar la carne que puede decirse que es universal en México. Aquellos indios comen, á menudo, casi cruda la carne y no tienen repugnancia á comer la sangre después de hervirla. Asan también los pescados y las ranas colocándolos entre dos varillas delgadas, amarradas por los extremos, que les sirven de parrillas.

Secan al sol las flores de maíz, las muelen y ponen en agua: si no las necesitan para el consumo inmediato, las guardan en jarros para el invierno. Hay muchas yerbas que son muy sabrosas, como por ejemplo, la *makväsari* (de la familia de las *Cruciferae*), que también guardan para el invierno después de secarla. En otoño, comen á veces